

Capítulo 7: Los colmillos

Llevaban dos días vagando por entre gordos troncos manchados de líquenes verdosos y extrañas plantas de colores gastados, algunas de las cuales se habían llevado al estómago. Por suerte, la tierra estaba seca, horadada de sombras y manchas de luz que oscilaban conforme el frío viento mecía las ramas más finas. Los pájaros gorjeaban y trinaban y los insectos flotaban en el ambiente con un incesante zumbido, totalmente ajenos a la matanza que estaba acaeciendo en el lugar en los últimos días. Los árboles susurraban y las flores sonreían con apagada lozanía al ver pasar al aguerrido cazador con el adorable demonio. Derren jamás había visto aquel bosque tan en calma. Ni rastro de lobos. Ni rastro de cerberos.

Sin embargo, al cazador, el bosque no le engañaba. En los Colmillos Verdes, la calma tenía un carácter efímero. Por eso no le sorprendió que se encontraran con otros cuatro cadáveres y, si bien eso había acrecentado el temor de Demi, también había aumentado su comodidad. Las botas de un cadáver, una mujer cazadora con la hebilla de Rompemares, le ajustaban el pie bastante bien y solo tuvieron que cortar la puntera. Sus dedos respiraban gráciles y agradecidos y, por si fuera poco, sus ampollas estaban curando bastante bien.

De no ser porque no habían encontrado ni una sola huella de la libélula, se podría haber dicho que las cosas marchaban sobre ruedas. Pero a Derren se le estaba enmarcando en la cara una perpetua mueca de preocupación, y eso no ayudaba a sosegar a la muchacha que lo seguía de cerca, con miedo a quedarse rezagada. De vez en cuando, Demi se esforzaba por iniciar una conversación más personal. Las tornas habían cambiado, pues ahora era Demi la más habladora, y Derren no sabía si la prefería como antes.

– ¿Entonces, a tu padre lo asesinó un rey?

– Ajá –asintió cansinamente.

– ¿Y tu madre?

– Se la llevó la enfermedad del costado.

– ¿Hermanos? –pero Derren negó con la cabeza enseguida–. ¿Amigos? ¡Todo el mundo tiene amigos!

– Murieron en estos bosques.

Demi tragó saliva. Las respuestas del cazador no ayudaban a infundir un clima de buen humor a la tediosa marcha por entre los árboles, así que guardó silencio y trató de disfrutar de la naturaleza, sus colores y su música.

Antes de que el sol cayera del todo, llegaron a una zona donde los árboles acababan abruptamente, como si sus raíces se toparan con un infranqueable muro de luz.

– ¡Sí! ¡Por fin! –exclamó el cazador, borrando su hosca expresión de la cara por un instante–. ¡Ya creía que no íbamos a llegar nunca! Bienvenida a los Colmillos Verdes, Demi.

La tupida muralla marrón y verde dio lugar a un vasto calvero donde los árboles habían sido sustituidos por unos sólidos y rugosos farallones que parecían brotar del mismísimo centro de la tierra. Inmensas columnas rocosas tapizadas de yedra y otras plantas trepadoras se alzaban

majestuosas ante los dos caminantes. De ellas colgaban gruesas lianas que se mecían con el viento. Demi abrió la boca para decir algo, pero se había olvidado de las palabras.

– Oh...

– Es un lugar sagrado para mi pueblo. Cuenta la leyenda que estas torres de roca envueltas en vegetación son colmillos que unas deidades se arrancaron para apresar en lo más hondo de la tierra a los espíritus malignos. Se supone que aquí, bajo nuestros pies, están las esencias malignas del bosque. Algunos creen que los cerberos fueron creados para vigilar este lugar, y sobre todo impedir que nadie liberara a estos espíritus.

– ¿Y tú? ¿Tú qué crees?

– ¿Yo? ¡Ja! Claro que no. ¿Te parecen esto colmillos? Si los cerberos protegieran este lugar, ¿dónde están ahora? Oh no, los cerberos son como los lobos: lo único que protegen es su apetito, y nosotros somos carne fresca.

– ¿Entonces nadie cree en esa leyenda?

– Son pocos los temerarios que se adentran tanto en el bosque como para alcanzar a ver este lugar. Y en las pinturas los Colmillos Verdes aparecen más afilados, atravesando ingentes masas de tierra y jadeantes sombras blancas. Además, mi pueblo es supersticioso... Le conviene creer que los espíritus malignos fueron encerrados en las entrañas del subsuelo. Los ritos son simples, tan solo tienen que arrancar los colmillos de los animales que cazan y comen, y conservarlos en la casa, por si algún día los espíritus malignos vuelven... –Derren soltó una carcajada–. Se creen que los colmillos de una comadreja les van a salvar... En fin. Viven para sembrar, no para pensar.

– Y tú para cazar.

– Sí. Y por eso tengo que pensar mejor que mis presas –el cazador se encogió de hombros–. Supongo que no hay que pensar mejor que un grano para que brote una planta.

Se adentraron en el calvero salpicado de esos gigantescos colmillos de roca y los fueron rodeando hasta llegar al centro. El viento volaba por entre los témpanos rocosos provocando un suave silbido y rascando las gargantas de los recién llegados. La tierra estaba seca y agrietada, salvo en la base de cada farallón, donde miraban aburridas unas flores azuladas en medio de una alfombra de hierba amarillenta.

– Y ahora, ¿qué hacemos?

– Tregar. Puede que desde arriba nos sea más fácil ver por donde anda esa maldita libélula.

– Oh, ya. Para ella también será más fácil encontrarnos –comentó ella, con sorna.

Tras varios días juntos, era evidente que Demi ya se sentía más cómoda con el cazador. La había salvado y luego la había armado con un arco. Le había enseñado a hacer flechas para defenderse y para cazar. La había abrigado y calzado. Por las noches, el cazador no había intentado ponerle la mano encima.

Derren suponía que eso era lo que más temía la niña, pues ni él se explicaba para qué la había salvado. ¿Por su sentido de la justicia? ¿Por su odio hacia los sacerdotes? ¿Por un momento de gloria? ¿Por imponer su voluntad? ¿Por principios? Quizá por un poco de todo.

Llegaron frente a una de las columnas más altas y gruesas que había en medio del calvero y Derren sacó una cuerda del macuto. Hizo dos lazos rápidamente y le tendió uno a ella.

– Bueno, ¿qué tal si subes delante?

Demi tragó saliva y estiró el cuello para escudriñar la cumbre del farallón. Luego miró a Derren, que le sonreía.

– Pero... ya casi es de noche...

– Precisamente por eso, estaremos más seguros ahí arriba.

El cazador se quitó las botas, se ató el lazo alrededor de la cintura y le sugirió que hiciera lo mismo. Luego se aseguró de que todo estaba en orden, ajustó el nudo de la chica y lo apretó con fuerza. Ella exhaló un suspiro entrecortado.

– Es mejor que la cuerda te deje un poco de marca, que marcar la tierra con tu cuerpo, ¿no? –bromeó Derren.

Luego, se pusieron manos a la obra. Demi subió con precaución pero con gran agilidad, para sorpresa del cazador. Él le iba diciendo donde poner cada pie y en qué muescas hacer fuerza con los dedos o a qué lianas aferrarse. No hubo complicaciones.

La luna brillaba de emoción al verlos encumbrar el rocoso torreón natural. Un molesto viento soplaba ahí arriba, uno un poco más frío que el habitual. Pero a Demi eso poco pareció importarle. Se tiró al suelo despatarrada y cerró los ojos, tan exhausta como aliviada. Derren examinó el lugar, paseando por la pequeña extensión de tierra yerma.

Había un bulto. Algo que sobresalía. Se acercó y descubrió que eran cinco pedruscos del tamaño de su cabeza. Alguien había tenido que ponerlos ahí.

Su sorpresa fue monumental. Sus ojos se abrieron como platos y su respiración se detuvo un instante. Se quedó quieto, con los pies clavados en la roca y sus músculos se tensaron involuntariamente. Huevos.

Tres huevos yacían entre ramitas, yesca y hierbajos en el interior de un círculo de piedras. Eran blancos como la nieve y demasiado grandes para ser huevos de cualquier ave que él conociera. Un pensamiento recorrió su mente de oreja a oreja, y luego un escalofrío de la cabeza a los pies.

Estaban en el nido de la libélula. Habían subido allí para guarecerse. Para estar más seguros. Y, finalmente, se encontraban en la boca del lobo. En el lugar más peligroso del bosque. Pero, sin duda, el lugar donde la libélula los encontraría.

Al volver, trató de poner buena cara y optó por no contarle nada sobre su hallazgo. No quería preocupar a la chica, que necesitaba dormir una noche entera. Demi abrió un ojo al oírlo acercarse.

– ¿Por qué me salvaste? –preguntó de repente, incorporándose en su sitio.

– Me enseñaron a luchar contra los que queman –Derren se mesó la barba–, no contra los quemados. El fuego es para las presas, no para los humanos.

– ¿Qué hay de los que queman a los que queman? –insistió ella–. ¿Contra esos también te enseñaron a luchar?

– Los que queman son los poderosos. Queman ciudades, queman bosques, queman a sus enemigos... Allá por donde pasan dejan su marca con fuego. Si se queman entre ellos, mejor

para todos. El mundo sería un lugar mejor si no hubiera poderosos –suspiró–. No me gusta el poder.

La chica se recostó de nuevo, con media sonrisa en los labios. Poco después, cuando la respiración de Demi se hizo constante y monocorde, decidió que era momento de actuar. Agarró el macuto y se alejó de nuevo hasta el curioso nido de la libélula. No estaba dispuesto a dejar que otras tres de su estirpe volaran por las tierras que lo vieron crecer. Si era tan mortífera como la pintaban, esas crías serían una pesadilla para el pequeño reino de Colmillos Verdes. Tres pesadillas.

Cogió uno en cada mano y se sorprendió al constatar el peso, similar al de su odre lleno de agua. Se asomó al vacío y arrojó los dos pesos llenos de vida. Sin pestañear, observó como la caída y el impacto los rompía, vaciándolos de todo el peso. El peso de la vida. La vida de unos monstruos.

Volvió al nido y metió el huevo restante en el macuto, envuelto en una tela que todavía tenía marcas de la sangre roja de los verdeles.